

LOS DIFERENTES ROSTROS DE LAS CULTURAS JUVENILES EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Desde la Teología y el Magisterio Eclesial

Pastoral Juvenil
Latinoamericana

Dr. Gerardo Gómez Morales*

Dr. en Teología por la Universidad de Tubinga (Alemania); Director Pedagógico del Instituto de Pastoral de Juventud del Paraguay, Profesor de Ética en la Universidad Católica y la Universidad Nacional de Asunción; Colaborador de la Conferencia Episcopal Paraguaya.

El discernimiento desde el Magisterio de la Iglesia

El Concilio Vaticano II nos ha dado la clave para comprender, mirar y actuar con los jóvenes que viven diversas expresiones culturales. En efecto, una de sus conclusiones esenciales ha sido la Constitución "Gaudium et spes", que en su primera famosa frase resume el programa del Concilio y de toda la Iglesia Católica en adelante: "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo" (GS, 1). Como diría Kruip¹, cuando hablamos de los hombres de nuestro tiempo, también hablamos de los jóvenes de hoy; por tanto, sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias son también los del Pueblo de Dios, es decir, de los agentes pastorales, quienes deberán abrirse a los jóvenes de este tiempo para ser una Iglesia en el mundo actual. Y no estamos hablando solamente de los responsables directos o encargados de la Pastoral de Juventud. Es más, el Concilio llama a los jóvenes a ser partícipes de la construcción de la sociedad del futuro. Un desafío de vida o muerte: "os salvaréis o pereceréis con ella"².

La Iglesia en América Latina recoge esta visión del Concilio y las sucesivas Conferencias del CELAM son reflejo de este proceso de reflexión. Así, el Documento de Medellín, nacido en el momento más notorio de emergencia del fenómeno juvenil, no puede sino reconocerlo "como un nuevo cuerpo social con sus propias ideas y valores, deseando crear una sociedad más justa" (5.1), con sus ansias de "ser más" (4.4), el protagonismo del joven en su propia autorrealización y formación (4.13). Reconoce que los jóvenes tienen ciertos valores que refuerzan lo comunitario, pero que a veces pueden caer en el aislamiento de pequeños grupos con un comportamiento agresivo (5.9). Implícitamente se reconoce aquí la conformación de subculturas juveniles, aunque no realiza un análisis más exhaustivo del fenómeno. La conclusión más interesante quizás de los obispos en Medellín sobre los jóvenes, es cuando recoge la imagen que el Concilio plasmó en su Mensaje a los Jóvenes: "la juventud es un símbolo de la Iglesia" (5.12) por su capacidad de permanente reactualización de la vida³.

En el Documento de Puebla, al hablar de culturas (385 y 400) -así, en plural- se asume la realidad de la diversidad de las culturas en América Latina, que puede ser también la diversidad de las culturas juveniles. La Opción Preferencial por los Jóvenes marcará toda la pastoral de la Iglesia en América Latina a partir de ese momento y reconoce a la juventud como uno de los "rostros" que interpela y cuestiona al Pueblo

1. Ídem, p. 277.

2. Mensaje del Concilio a los Jóvenes, 1.

3. (La Iglesia) "posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas." (Mensaje del Concilio a los Jóvenes, 6).

de Dios (33). Las diferencias entre los diversos grupos de jóvenes está dada más bien por las condiciones sociopolíticas y socioeconómicas (1175-1177) que generan confusión y conflicto de identidad, y proponen presentarles a Cristo como el liberador integral (1183). Para ello, la pastoral de juventud deberá concretar la propuesta de la Civilización del Amor, quizás uno de los criterios más claros de construcción, como lugar común, de las culturas juveniles. Las recomendaciones pastorales en este sentido (1192-1205) para la formación y participación ya son conocidas, por lo que obviamos su desarrollo aquí.

El Documento de Santo Domingo analiza la situación de los jóvenes en la misma línea que el Documento de Puebla, pero ya aparece un fenómeno que preocuparía cada vez más a la Iglesia y a toda la sociedad: la aparición de pandillas juveniles, que al lado del reclutamiento que realizan los narcotraficantes y las guerrillas, se van constituyendo en un verdadero dolor de cabeza, agregando una perspectiva negativa sobre los jóvenes. En contrapartida, constante que más jóvenes se van incorporando a grupos, movimientos y comunidades eclesiales para orar y prestar servicios (112). Como propuesta pastoral, por primera vez aparece una referencia explícita a asumir "las nuevas formas celebrativas de la fe, propia de la cultura de los jóvenes", fomentando la creatividad y la pedagogía de los signos (117). Aparece también con fuerza la "pastoral de medios específicos" (119) como una manera de responder a la diversidad de los rostros de las culturas juveniles, diversidad sesgada todavía por los espacios sociales: "campesinos, indígenas, afroamericanos, trabajadores, estudiantes, periferias urbanas, marginados, militares y jóvenes en situaciones críticas". Sin embargo, está claro para el Documento de Santo Domingo que el ámbito cultural es el espacio de acción evangelizadora del mundo juvenil (120). Para ello, compromete especialmente a los jóvenes a trabajar por la Nueva Evangelización (302), la genial intuición del Papa Juan Pablo II, que ya vislumbraba la urgencia de salir en misión permanente por los pueblos de América Latina y el Caribe.

El Documento de Aparecida recoge especialmente esta última convicción y la ya rica tradición de trabajo y reflexión en el ámbito de la Pastoral de Juventud en América Latina y el Caribe. Ya no se habla solamente de una constatación de diversidad cultural, sino de procesos de cambio cultural (51), de "dinamicidad y de interacción permanente entre sí" (57), que llevan al surgimiento de "culturas híbridas" (58), las cuales agregan todavía más dificultades al joven a la ya problemática lucha por su propia identidad. En este contexto, se valora aun con fuerza el papel del proyecto educativo de las escuelas católicas, como un lugar privilegiado para comunicar la propuesta de Jesucristo (335). Habría que ver cómo podría esta propuesta ser más amplia y extensiva dentro del modelo de escuela católica que tenemos actualmente.

En la reflexión específica dentro del apartado sobre los adolescentes y jóvenes, Aparecida recoge de manera sustantiva la preocupación ya citada en Santo Domingo: la aparición de las pandillas juveniles, de la mano de falsos líderes (442). Se agrega en el análisis, como un factor de confusión en la construcción de la identidad, el peligro de estar expuestos al "contagio" de valores fuera de los ambientes tradicionales, producto de la globalización y de exposición a propuestas religiosas o pseudo religiosas, a la crisis de la familia (444). Pero en contrapartida, enumera también las virtudes que hacen de la juventud una etapa especial que facilita la captación de la propuesta de Jesucristo (443).

Una tendencia que se venía dando en las diferentes Conferencias de los obispos Latinoamericanos y del Caribe, a veces con comprensiones diversas sobre su rol, es la participación del joven en la evangelización. En Aparecida, esta participación tiene nombre y apellido: ser Discípulos Misioneros. Es la recuperación de un concepto más

propio del ámbito cristiano, que el prestado concepto de “agente” de pastoral, el cual no termina de ofrecer una mística propia a los seguidores de Jesús. Ya debería ser hora de ir superando este modo de nombrar a quien evangeliza y se deja evangelizar.

Esta perspectiva ha posibilitado a los obispos reunidos en Aparecida, a recuperar lo primario y básico de la vida cristiana en la Iglesia, que parte del **encuentro** explícito de la persona de Jesús, la **conversión** consiguiente o cambio de vida, el aprendizaje cotidiano, humilde y sincero del vivir como **discípulo**, en **comunión** con otros seguidores -formando comunidades que aprenden y celebran la fe y la vida-, para salir de la seguridad del propio grupo e ir a evangelizar, a realizar la **misión**, una y otra vez (278). Este esquema de formación de los discípulos misioneros de Jesucristo es el punto de referencia más fuerte, el faro de luz, para volver al centro de lo propiamente cristiano⁴, para hacer la crítica de las culturas juveniles y el rescate de sus valores, sin miedo a perder la identidad evangélica.

El discernimiento desde la praxis salvadora de Jesús

Uno de los problemas fundamentales que se le planteó a Jesús durante su misión y recorrido por Galilea hasta Jerusalén fue el de quiénes podían ser mercedores de la salvación de Dios. Era una cuestión que en el contexto socio religioso del pueblo de Israel preocupaba de sobremanera a todos. Esta preocupación sobre quiénes podían salvarse era la consecuencia directa del concepto de salvación que a lo largo de su historia iba manejando el pueblo de Israel⁵ e iba conformando el modo de relacionarse con los demás pueblos y culturas diferentes a la suya, y de cómo debían tratarse entre sí desde el punto de vista de las diferencias sociales, políticas y religiosas⁶. En el AT hallamos muchas veces posiciones chauvinistas⁷ y hasta de rechazo frente al extranjero y a lo extraño, que se podría justificar como un intento de autoafirmación de la débil identidad religiosa y política del pueblo de Israel frente a la “invasión” de pueblos, creencias y militares ajenos a su historia y a su origen⁸. Y una de las consecuencias de este problema era la arrogancia de algunos grupos que reclamaban para sí el derecho a la salvación, tanto en razón de su religiosidad entendida como el cumplimiento estricto de las normas y ritos (los fariseos, por ejemplo), como por su identidad nacional entendida como heredera de sangre del linaje de Abraham. Ya en los tiempos de Isaías y frente a las numerosas pruebas de infidelidad del pueblo de Israel, aparece la conciencia de que los gentiles, es decir, los extranjeros también tendrán parte en la salvación (Is 19,22ss), que no bastaba simplemente formar parte del pueblo elegido. El principio para merecer la salvación no es, como se pudiera pensar,

4. Que no es lo mismo que la cultura de la cristiandad o el substrato católico, que apenas se ve como una semilla para comenzar la evangelización o para purificar. Cfr. DP 7, DSD 228ss, DA 477.

5. Las expectativas de salvación pasaron por el concepto primitivo de ser consecuencia de una virtud moral de hacer el bien personalmente o como pueblo elegido, “pasando por la idea de una salvación política religiosa, que se ve realizada en la época davídica (...), hacia la expectación de una creación nueva” y de una salvación espiritual, hasta llegar a hacerla coincidir con el advenimiento de un Mesías autor de la salvación, enarbolado por los profetas. Cfr. Siedl, Suitbert H.: “Salvación”, en: Diccionario de Teología Bíblica, Herder, Barcelona 1995.

6. Había una división tripartita de la sociedad en tiempos de Jesús: en el nivel más alto estaban los sacerdotes, levitas y los israelitas de pleno derecho (israelitas que probaban tener un origen legítimo, es decir, que en su árbol genealógico podían probar que su ascendencia pertenecía a una de las doce tribus de Israel: “Sólo las familias de limpia estirpe constituían el verdadero Israel”). Cfr. Jeremías, Joachim: “Jerusalén en tiempos de Jesús”, Ed. Cristiandad, Madrid 1977, pp. 285 y 289.

7. Chauvinismo: actitud patrioterista, generalmente sin contenido ni referencia específica referida a la comunidad nacional y a su futuro.

8. Hay que recordar que en varias ocasiones los profetas han anunciado la ira de Dios contra el pueblo por su infidelidad, es decir, porque el pueblo asumía las costumbres, creencias y protección de otros pueblos, cayendo en el desprecio por el poder de Dios e incluso en los mismos vicios que aparejaban esas creencias.

la conducta moral limpia, sino que ésta misma conducta era consecuencia de una actitud más profunda aún y la razón por la que cualquiera podría salvarse: la dependencia absoluta de Dios al aceptarlo a Él como Salvador y Señor. Por eso, Isaías saldrá una y otra vez a reprochar a los reyes de Israel de su tiempo, su predisposición a hacer alianzas con pueblos extranjeros, despreciando la Alianza con Dios.

Análogamente, la diversidad de las culturas juveniles también nos plantea el tema de la salvación. Todos los jóvenes de todas las culturas están llamados a salvarse, sin más condición que la aceptación de Jesús y su mensaje, iniciando así el proceso de formación en la fe, que pasa por la conversión, el discipulado, la vida en comunión y la misión. Hasta el más extraño a nuestra forma de pensar y de vivir tiene derecho a la salvación, incluso teniendo dentro de su ethos o mundo de valores y normas, cuestionamientos de orden moral que podamos hacerle. No se puede iniciar una misión evangelizadora cuestionando “en seco” la vida moral de las personas, sin antes presentar la propuesta substancial de Jesucristo. Esta afirmación parte del hecho que ciertas estructuras éticas han sido resultado de procesos culturales que difícilmente podrán deconstruirse con reproches moralistas que, a priori, nadie las quiere escuchar, pues constituye la seguridad de su mundo. No decimos que ciertos valores no necesiten ser revisados, sino más bien aprender a ver cómo han sido contruidos y en que momento tomaron el camino errado. Aprender a ver la virtud del joven allí donde en primera instancia veíamos sólo motivos para reprocharlo. Aprender a caminar con el joven, con su persona, y mostrarle la casa abierta del Padre, quien no le pregunta cómo ha dilapidado el dinero de la herencia, sino que se alegra por el regreso del hijo (Lc 15,22-24).

Lo más fresco y significativo para todo ser humano, más aun para los jóvenes, sigue siendo la personalidad impactante y arrebatadora de Jesucristo y su propuesta de salvación que, increíblemente se presenta como “el amor sin barreras”, generoso, exuberante, sin prejuicios (no importa a que “tribu” urbana o rural pertenesces), como cuando le resultaba tan merecedor de salvación tanto el judío como el samaritano; la pobre viuda piadosa como el recaudador de impuestos; el tullido o ciego (excluido) como el joven rico; la atenta María, hermana de Marta, como la mujer adúltera; el Discípulo Amado como el Centurión.

El discernimiento desde la teología y la pastoral

Dentro de la subcultura juvenil en las sociedades latinoamericanas y del caribe, existe sin duda una multiplicidad de modos de vivir de los jóvenes y de situaciones en las cuales viven, y que ineludiblemente deben ser consideradas a la hora de evaluar los signos de los tiempos para adecuar nuestra acción pastoral, es decir, para hacer presente con y en la Iglesia, aquí y ahora, la vida y el mensaje de Jesucristo. Por esta razón, una Pastoral de Juventud que hoy quiere invitar a los jóvenes a creer y vivir una praxis de fe fundada en Jesucristo y consolidada en una estructura religiosa-cultural transmitida en y por la Iglesia en el tiempo, debe saber comprender y “aggiornarse” en la cultura joven y sus diversas expresiones -que aquí llamamos “rostros”-, en un intento de personalizar el acercamiento a los jóvenes sin las categorías frías de la ciencias sociales. Con esta mirada pastoral, que asume la misericordia y el amor divino, se busca evitar juzgar y anatematizar de entrada el modo de vivir y de expresar esa vida de los diferentes grupos en los que buscan identificarse los jóvenes.

Para realizar una aproximación al concepto de “rostros de las culturas juveniles” y desde allí comprender su importancia teológica y e implicancia pastoral, será importante analizar el concepto de aproximación a la realidad juvenil: los “rostros”. Los “rostros” interpelan. Y como ya lo hemos afirmado más arriba, es una categoría, una forma de aproximación concreta a la realidad de aquellos grupos sociales que interpelan a

la Iglesia en su misión y en su ser, más allá de los fríos datos en las estadísticas. Esta peculiar mirada pastoral fue desarrollada en el documento de Puebla (N° 31-39) y responde al fruto de la experiencia que han recogido los pastores de la Iglesia en el encuentro con sus diversas comunidades. Los seguidores de Cristo no necesitan conocer la realidad a través de los datos sociológicos para ser sensibles a la situación de quienes lo necesitan, sino que ya los conoce en su encuentro con los demás, en sus lugares de vida. La categoría de “rostro” es capaz de pasar por alto el juicio de valor que muchas veces realizan los medios masivos -por ejemplo- parafraseando o manipulando las noticias sobre los hechos que involucran a los jóvenes.

Los “rostros” son sinónimos de expresiones existenciales y/o significativas de los grupos sociales -en este caso, los jóvenes- que interpelan a la Iglesia. Por eso es muy importante para quienes evangelizan a los jóvenes comprender cabalmente esta categoría, pues en esas expresiones se comunican “experiencias vitales del hombre, y ellas expresan su fisonomía interior, su visión del mundo y de sí mismo, con sus victorias y derrotas, sus fracasos y triunfos, sus esperanzas o desesperaciones”⁹. Estas expresiones de los rostros juveniles materializadas en lenguajes, símbolos, modos de vestir, de escuchar, de crear sus espacios, de valorar, de reconocerse por las transformaciones corporales (tatuajes, “piercings”, cortes de pelo o de piel, adelgazar), son ciertamente mensajes cargados de significación, que quieren decir algo a otro u otros, que reclaman la decodificación de quien sabe “leer”. Por ejemplo, hoy vemos rostros semi cubiertos que, sin embargo, son los más abiertos y expresivos por los extremos medios de expresión que utilizan. Muchas veces los más cerrados son los que más atención reclaman.

Estos rostros de las culturas juveniles son expresiones que utilizan fuertemente la estética para manifestar un ethos cultural, un mundo de valores y normas significativas que no tienen por qué ser tomadas a la ligera, porque no lo son, a pesar de que hoy se habla de cultura “light” y, paradójicamente, se identifica con ligereza esta cultura con la forma de vida de los jóvenes. No pueden ser tomadas a la ligera porque esas expresiones culturales, aun si se piensa que a pesar de utilizar mediaciones que nos pueden parecer ridículas o banales, están manifestando una experiencia profunda de la conciencia humana -aunque quizás para algunos jóvenes no sea del todo consciente-, es decir, parafraseando a Mons. Cheuiche¹⁰: revelan “su trascendencia interior, su transparencia de lo eterno” y, en definitiva, su búsqueda de lo Absoluto, de algo que responda con sentido a la vida que llevan o, a veces, sobrellevan. Así, más allá de lo estético que se manifiesta en los rostros de las culturas juveniles, está la sempiterna pregunta por el fundamento de la existencia humana y del mundo. Y esta pregunta, como ya sabemos, es el caldo propicio que nos conduce a la experiencia religiosa. Los rostros con sus expresiones culturales son en realidad las preguntas que cada joven – como siempre lo ha sido en la historia humana- se hace a sí mismo, a la sociedad, y a sus compañeros o amigos, casi como un grito que a veces suena como rebeldía, transgresión, evasión y la fugacidad en el torbellino de las tecnologías y de las noches sin padres. Por eso también son rostros que interpelan nuestra capacidad de amarlos, comprenderlos, acompañarlos y escucharlos.

Y son en estas expresiones culturales -que aquí llamamos rostros de las culturas juveniles- donde Dios quiere encarnarse, donde necesariamente se realizará el proyecto de la Redención, es decir, la salvación de los jóvenes. La consecuencia pastoral es evidente: nuestra acción pastoral no se debe limitar sólo al ámbito de la parroquia

9. Mons. Cheuiche, Antonio Do Carmo: “Expresiones culturales y Teología”, en: “Teología de la Cultura”, CELAM-SEPAC, Bogotá 1989, p. 165.

10. Idem, p. 167.

y de la escuela confesional. Dios debe encarnarse, “de la mano” de nuestras palabras, de nuestro corazón misericordioso, de nuestra mirada comprensiva, de nuestro testimonio, de nuestro sacrificio íntegro, no sólo en los espacios donde los jóvenes desarrollan su vida, sino en el mundo de su estética (explicada más arriba) que contiene y expresa un ethos -el mundo de normas y valores vigentes- que a veces, a primera vista, parecerán contrarios al ethos cristiano. Si nos quedáramos en esta primera impresión, es posible que estemos errando en nuestra apreciación sobre los jóvenes y su mundo de valores al hacer un juicio ético sobre lo que resulta ser una construcción social -el ethos- que, si bien tiene elementos éticos como toda construcción social, que a nivel personal se constituye como una legítima búsqueda de identidad, aún no resultan ser opciones fundamentales totalmente razonadas y argumentadas como para ser consideradas definitivas. Nuestra valoración del ethos de las culturas juveniles debe más bien tomar esa búsqueda de lo trascendente y eterno oculto apenas en las expresiones estéticas de los “rostros” de las culturas juveniles.

No olvidemos que las culturas juveniles no son construcciones aisladas del contexto cultural más amplio. Pueden estar en conflicto con ese contexto, pero también alimentarse del mismo, como por ejemplo, si pensamos en el contexto de las nuevas tecnologías y los desafíos que plantea la globalización. Parafraseando a J. Ladriere¹¹, podemos decir que esta cultura es el marco obligatorio dentro del cual los jóvenes deben formar su personalidad, les prescribe sus posibilidades y, de alguna manera, traza de antemano el esquema de vida en el que podrán insertar su existencia concreta. Las culturas juveniles son el esfuerzo permanente de los jóvenes para “salir”, escaparse de ese corsé cultural, aunque lo que terminan haciendo es alimentarse de sus elementos y contribuir a su vez a configurar esa cultura, estandarizándola de nuevo.

El tema de la diversidad de las expresiones de las culturas juveniles plantea un problema para la tarea pastoral. Ya no existe solamente “la juventud”, sino que subsisten una variedad de ‘escenas’ y grupos. “Eso significa que los jóvenes construyen su identidad no sólo marcando diferencias frente al mundo de los adultos, sino diferenciándose entre sí, según sus intereses y maneras de experimentar sus vidas”¹². En efecto, la diversidad está dada no solamente por razones de preferencias de grupo, como por ejemplo, el gusto por un tipo específico de música. Está dada también por las condiciones sociales y económicas diferentes. En este contexto, los jóvenes pueden construir identidades sobre la base de conductas que para los adultos pueden ser transgresoras o sustentadoras del ordenamiento social típicas. No pocas veces se observan tanto las expresiones de solidaridad, como por ejemplo en el tema medioambiental, pero también de negaciones mutuas entre jóvenes de niveles sociales diversos, como las agresiones entre estudiantes de secundaria o de barrios con cierta identidad de clase. Muchas veces estas diferencias sociales se constituyen en el caldo de cultivo que desatan las actitudes violentas, las que se alimentan de la intolerancia y del resentimiento social. En realidad, sabemos que detrás de esas actitudes agresivas se oculta la profunda tristeza y angustia de vivir en una sociedad que no ha sido configurada por ellos, pero que les llena de exigencias y desafíos para los cuales nunca están lo suficientemente preparados, al menos desde la perspectiva de los adultos.

11. Ladriere, Jean: “El reto de la racionalidad”, Ed. Sígueme, Salamanca 1978, p. 69.

12. Kruip, Gerhard: “El ethos vivido por la juventud y la reflexión ética”, en: Hünermann/Eckholt (editores): “La juventud latinoamericana en los procesos de globalización”, ICALA/FLACSO/EUDEBA, Buenos Aires 1998, p. 279-280.

Bibliografía:

Documentos: Concilio Vaticano II, Doc. de Medellín, Doc. de Puebla, Doc. de Santo Domingo, Doc. de Aparecida.

Jeremías, Joachim: "Jerusalén en tiempos de Jesús", Ed. Cristiandad, Madrid 1977.

Kruip, Gerhard: "El ethos vivido por la juventud y la reflexión ética", en: Hünemann/Eckholt (editores): "La juventud latinoamericana en los procesos de globalización", ICALA/ FLACSO/ EUDEBA, Buenos Aires 1998.

Ladriere, Jean: "El reto de la racionalidad", Ed. Sígueme, Salamanca 1978.

Mons. Cheuiche, Antonio Do Carmo: "Expresiones culturales y Teología", en: "Teología de la Cultura", CELAM-SEPAC, Bogotá 1989.

Siedl, Suitbert H.: "Salvación", en: Diccionario de Teología Bíblica, Herder, Barcelona 1995.

**El autor: Gerardo Gómez Morales, paraguayo, Dr. en Teología por la Universidad de Tübinga (Alemania); Director Pedagógico del Instituto de Pastoral de Juventud del Paraguay, Profesor de Ética en la Universidad Católica y la Universidad Nacional de Asunción; Colaborador de la Conferencia Episcopal Paraguaya.*